

Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición* (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2016).

RESEÑA

¿MUDOS O CONVERSOS?

Fernando Claro Valdés

Fundación para el Progreso

Daniel Mansuy en su reciente libro, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición*, analiza la “pacífica” transición chilena desde la dictadura de Augusto Pinochet hasta la “consolidación” de la democracia. Es un interesante libro, entre otras razones, por su perspectiva de filosofía política —y no de periodismo, prisma desde el cual la literatura es más abundante—. Y esto último es lo que hace notoria su primera carencia, nada de grave, pero carencia al fin: está escrito para chilenos. Carece de la muchas veces vilipendiada “ambición”. Por ejemplo, términos o descripciones como “los Chicago” o “el Frente”¹ podrían haber sido introducidos o contextualizados mínimamente, de manera de facilitar la lectura del lector internacional, más aún considerando que la discusión teórica del libro se enmarca dentro de un tema bastante universal en filosofía política.

En su libro, Mansuy, entre otros análisis, entrega, en primer lugar, una interesante explicación de los motivos que habrían llevado a Pino-

FERNANDO CLARO VALDÉS. Magíster en economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. MA en economía política por el King’s College London. Investigador y director editorial de la Fundación para el Progreso. Email: fclaro@fppchile.org.

¹ Chicago Boys se les llamó a los numerosos chilenos que fueron a estudiar postgrados en economía a la Universidad de Chicago, desde donde llegaron a trabajar directamente a puestos gubernamentales de la dictadura de Pinochet, con el fin de reformar el sistema económico-social de Chile. El “Frente” es el diminutivo del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), grupo revolucionario armado chileno que luchó contra la dictadura.

Estudios Públicos, 144 (primavera 2016), 365-372 ISSN: 0716-1115 (impresa), 0718-3089 (en línea)

chet a mantenerse en el poder por tanto tiempo (cuando, en teoría, no lo tenía contemplado al momento del golpe en 1973) y, en segundo lugar, explica una de las principales, y más polémicas y paradójicas, características del régimen de la transición chilena: sus estructuras político-económicas. Así, el autor explica por qué este régimen liderado por la centroizquierda se caracterizó por mantener las estructuras económico-políticas impuestas por Pinochet: una economía liberalizada en función del principio de subsidiariedad del Estado y un régimen político-institucional que habría minimizado la política y la deliberación pública, debido a que era un sistema que privilegiaba, y tendía, a un bipartidismo moderado, además de exigir numerosos quórum supra mayoritarios para su modificación.

En relación con el primer punto —esto es, la voluntad de Pinochet de mantenerse en el poder—, Mansuy señala que existiría un consenso respecto a que los “militares no tenían nada parecido a un plan elaborado el día del golpe”.² La razón por la cual los militares no habrían entregado inmediatamente el poder estaría, entonces, en el rol de Jaime Guzmán, joven abogado que a la postre jugaría un rol fundamental durante la dictadura y en la redacción de la Constitución de 1980. Guzmán habría convencido a Pinochet (y a la Junta Militar golpista) de que devolver el poder le costaría “muy caro”, ya que sería recordado nada más como un “golpista”, como alguien que lideró un acto violento y reprochable. Por el contrario, si se quedaba y “transformaba y refundaba radicalmente” el país, no se lo juzgaría por el hecho de haberse tomado el poder violentamente, sino que por su obra posterior. Como el mismo Mansuy cita a Guzmán, sería una “creación nueva lo único que puede darles sentido suficiente a la vez que modificar los criterios con arreglo a los cuales se enjuician los hechos” (26). Una interesante interpretación de un fenómeno que será muy difícil de dilucidar. Finalmente, respecto al rol de Guzmán, el autor explica que todo el trabajo de liberalización económica y (neutralización) política realizado posteriormente fue en función de un solo objetivo: “Buscar un antídoto efectivo contra la tentación marxista” (43). Esto último se confronta en algún grado a la tesis de Cristi y Ruiz-Tagle, quienes señalan que la arquitectura política

² Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición* (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2016), 23. En adelante, este libro se citará tan sólo refiriendo su número de página.

realizada por Guzmán habría sido en función de otro miedo, diferente al marxismo (o tiranía estatal): el despojo del privilegio propietario y, por ende, del acto expropiatorio.³

Respecto a la mantención de las reglas socioeconómicas de la dictadura, Mansuy argumenta que existe una razón: el miedo. Pragmáticamente, el Presidente Aylwin y uno de sus principales ideólogos y colaboradores, Edgardo Boeninger, habrían elegido llegar al poder mediante las estructuras establecidas por la dictadura debido a que era la única opción pacífica para lograrlo. Si no era bajo sus reglas, iba a ser imposible deshacerse de la dictadura y llegar al poder democráticamente. Así, en un principio, la Concertación no habría introducido ni intentado reformar el sistema político-económico debido a que existía un miedo latente y esperable, ya que Pinochet estaba aún ahí —era Comandante en Jefe del Ejército— y se los hacía recordar de vez en cuando. Luego, pasado el tiempo, habría perdurado un miedo menor que pronto derivó en un equilibrio difícil de remover dada la comodidad con la que las élites, y las dos coaliciones políticas —o más bien, sus personas o líderes— se “repartían” equilibradamente el Parlamento y —en el caso de la coalición gobernante— los puestos del Estado. Bajo este supuesto del miedo, todo esto habría ocurrido en contra de las intenciones de quienes estaban en el gobierno y mediante una voluntad que habría sido silenciada. De ahí el título del libro: *Nos fuimos quedando en silencio*. Los consensos a los que llegaba el bipartidismo al inicio (1990), durante y al “final” (2010) de la transición habrían estado cargados de un malestar disimulado. Este silencio luego causaría, desde el año 2010 en adelante —cuando toma el gobierno la coalición de centroderecha—, que gran parte de la centroizquierda “explotara” y renegara de esos veinte años que, paradójicamente, trajeron paz y prosperidad socioeconómica a Chile.

Y he aquí otro problema del análisis: si bien ésta es una explicación muy plausible, lo es también el hecho de que no haya existido semejante silencio y que los opositores a la dictadura hayan abrazado genuinamente las bondades del libre mercado y hayan querido, por lo tanto, profundizarlo o perfeccionarlo. Esto toma aún más sentido al

³ Paula Ahumada, “Renato Cristi y Pablo Ruiz-Tagle (2014). *El constitucionalismo del miedo. Propiedad, bien común y poder constituyente*”, *Revista de Ciencia Política* 35, n.º 3 (2015): 665.

considerar el contexto internacional: fin de la Guerra Fría y colapso de los socialismos reales. Si bien alguna alusión a ello se hace en el libro, no se explicita lo suficiente y menos se plantea la posibilidad de que esta otra realidad haya sido la crucial, algo perfectamente probable, dadas las reformas liberales impulsadas por sucesivos gobiernos en materias “tan polémicas” como la salud, pensiones y educación, legado que, además, los presidentes Aylwin, Frei y Lagos han seguido defendiendo hasta hoy. Serían entonces unos *conversos* más que unos *mudos*. Se puede argumentar también, sin embargo, que habría sido otro tipo de silencio: el de unos *conversos mudos*. Unos mudos que simplemente adhirieron al ideario liberal o, si se quiere, “liberal socialdemócrata”, pero que nunca lo explicitaron.

Esta última acepción de *silencio*, no obstante, no destruye la tesis central del libro, es decir, aquella según la cual la catarsis político-social presente en el país desde el año 2011 en adelante —iniciada por las manifestaciones estudiantiles— se debe principalmente a la escasa deliberación política acerca de nuestro orden institucional que existió durante toda la transición. La neutralización de la política causada por el engranaje político-institucional establecido por Jaime Guzmán no hacía necesario contraponer realmente visiones sobre la sociedad o el país para llegar a acuerdos y avanzar.

Así también, respecto a esto último habría sido esperable del libro una contraposición más profunda frente a otra de las principales teorías que explican la catarsis de 2011: las (sobre)expectativas que los chilenos se hicieron de la educación —principalmente universitaria—, que antes de los años 80 era prácticamente sinónimo de acceso al bienestar económico y social, un hecho que, luego de su masificación, desapareció.⁴ A ello habría que sumar que esta famosa explosión social no se re-

⁴ Mansuy alude al problema de expectativas, pero citando peyorativamente un análisis de otro autor (Luis Larraín), quien lo reduce a algo puntual de la administración que gobernaba el año 2011, cuando estallaron las revoluciones de los estudiantes (78). Una buena síntesis de este problema desde una visión más sistémica de la sociedad —y creo yo, la visión correcta del desajuste de expectativas— es lo escrito por el rector de la Universidad Diego Portales, Carlos Peña, durante el mismo 2011, en la mitad de la “revolución estudiantil”. Véase también, la conferencia “La sociedad del cansancio y de la transparencia”, en Pensamiento Propio, donde Carlos Peña señala que el título universitario era, antes de los noventa, el “sucedáneo de un título nobiliario”.

duce sólo a Chile, sino que también se trató de un hecho mundial cuyas causas se atribuyen a la revolución tecnológica y, por qué no, a la crisis *subprime* del año 2008, la que dejó al descubierto los vicios y fallas de los capitalistas y el capitalismo.⁵

Para Mansuy, entonces, la despolitización de nuestro país habría llevado a la crisis actual; una crisis causada por la rotura de los consensos políticos y económicos compartidos por las élites que, no obstante, nunca se habían legitimado lo suficiente. Bajo estas circunstancias surge la figura de Fernando Atria, el “autor intelectual más relevante [de la] comprensión de la realidad [bajo la cual los estudiantes basaron] sus reivindicaciones” (106). En ese sentido, Atria “anticipó el escenario” y fue un actor crucial. Es por esto que Mansuy dedica un capítulo completo (el quinto de siete) a analizar su sofisticada argumentación, discurso y, asimismo, las múltiples contradicciones que derivan de estos. En este capítulo describe el “nuevo paradigma” planteado por Atria: el “régimen de lo público”. Éste reflejaría, según Mansuy, una fe ciega en el nuevo paradigma simplemente “*porque* es posterior” (111, énfasis en el original) y, luego de analizarlo, lo critica destacándolo como abstracto y contradictorio. Fuera de la propuesta de Atria “no ha[b]ría motivos humanos legítimos; fuera de lo Público, sólo se esconde[ría] codicia y egoísmo” (122). Como es esperable, Mansuy descarta la propuesta de Atria por ser extremadamente abstracta e *ideal*, comparada, por lo demás, con un neoliberalismo *real* o “maniqueo, [al] concentrar toda la maldad humana en [este] sistema” (122). Es decir, el problema de Atria *versus* Mansuy puede ser traducido al problema universal de teoría ideal *versus* teoría real, y, por lo mismo, se resiente en parte la “poca universalidad” del libro.⁶

Mansuy concluye su libro proponiendo soluciones a la crisis de legitimidad de las élites: la principal, y que englobaría al resto, es rehabilitar la política, con una “política de buena calidad, capaz de procesar

⁵ Como bien titularon los economistas Raghuram G. Rajan y Luigi Zingales su libro del año 2003: *Saving Capitalism from Capitalist* (Nueva York: Crown Business, 2003).

⁶ Véase, por ejemplo, L. Valentini, “Ideal vs. Non-ideal Theory: A Conceptual Map”, *Philosophy Compass* 7, n.º 9 (2012); Jason F. Brennan, *Why not capitalism?* (New York: Routledge, 2014). Además, el pensamiento y propuestas de Atria son en gran medida aplicables a todas nuestras sociedades contemporáneas, por lo que no se reducirían a un problema chileno puntual.

las diferencias naturales (y sanas) que se producen en la discusión pública” (185). Las otras consisten en fortalecer las comunidades intermedias, entre las que asoman las propias de la tradición conservadora, como la familia e, implícitamente, la religión (o, más específicamente, las iglesias). Para Mansuy, el liberalismo despiadado y la falta de deliberación han llevado a nuestra sociedad a una carencia de sentido que sólo podría ser sanada a través del fortalecimiento de las comunidades y del correcto accionar político. Respecto a este último punto, hubiese sido interesante una mayor reflexión acerca de la reciente reforma electoral chilena: cuánto se ajusta o cuánto se aleja del ideal político imaginado por Mansuy.⁷

Respecto al tratamiento y las alusiones que Mansuy hace a la ciencia económica, las formulaciones del libro muestran cierta debilidad. Lo que más llama la atención es la conclusión a la que llega el autor al asumir que la derecha chilena, dado que estaría fuertemente influenciada por la economía clásica y su individualismo metodológico para comprender la realidad, sería incapaz de “percibir la especificidad de lo político” (80). Esa afirmación es tan fuerte que, por ejemplo, estaría calificando a buena parte de los departamentos de ciencia política de Estados Unidos⁸ como unidades académicas incapaces de “captar fenómenos políticos, porque carece[n] de las herramientas conceptuales para ello” (81) dado el enfoque metodológicamente individualista de éstos.⁹ Si bien puede ser una teoría válida —aunque en lo personal, creo, completamente errada—, dada su trascendencia merecería ser citada, clarificada o profundizada.

Se nota además, en todo el libro, una tibia aversión al libre mercado, que, de exigirle lógica a sus argumentos —tal como el autor lo hace con Atria—, pasaría desde una aversión tibia a una absoluta. Así, se notan muchas confusiones respecto a los conceptos que se refieren específicamente al mercado y la economía. Por ejemplo, Mansuy, hablando de las desigualdades de ingreso, afirma que en Chile sería “tan

⁷ Se hace sólo una alusión a que la reforma, al agrandar distritos, alejaría a los representantes de los representados (89-90, n. 20).

⁸ Y buena parte de los de Inglaterra y, en menor medida, los del resto del mundo occidental.

⁹ Una breve alusión a estas escuelas se encuentra en S.M. Amadae & B. Bueno de Mesquita, “The Rochester School: The Origins of Positive Political Theory”, *Annual Review of Political Science* 2 (1999).

grande la segmentación, que suele decirse que los chilenos no vivimos en el mismo país, pues nuestras experiencias vitales están radicalmente escindidas, desconectadas unas de otras” (134). No obstante, esa afirmación no es confrontada con las posibilidades, modelos o desigualdades de otros países o sociedades, lo que clarificaría y reforzaría (o no) su punto.¹⁰ Lo mismo ocurre al momento de hablar de la concentración en las industrias: Mansuy confunde el término *concentración* con términos como *tamaño* o *economías de escala*, conceptos diferentes que pueden tener o no relación. Una frase como “la concentración produce *naturalmente* oligopolios” (97, el énfasis es mío) resume su confusión y gráfica el por qué no realiza alusión alguna a la interminable literatura —errada o no— sobre organización industrial y fallas de mercado (y Estado), abundante tanto en revistas de economía heterodoxas como en las de la más profunda ortodoxia de la Universidad de Chicago. Cualquiera de estas fuentes le habría aportado profundidad en su análisis. Por otra parte, se acerca demasiado y groseramente a Atria, al atribuirle al sistema económico liberal el hecho de que la “empresa [no] esté integrada a la sociedad, [lo que implica] que debe esforzarse en tratar a los consumidores no como enemigos, sino como miembros de una misma comunidad” (98). Para Mansuy, frases como éstas no “trata[n] de condenar *per se* al mercado” (98), pero tras afirmar que en nuestras relaciones mercantiles “deberíamos tratarnos (...) con benevolencia y buena fe” (98), o al hablar de los efectos nocivos que tendría la “concentración económica sobre la sociedad civil” (40), se leen evidentes incomprensiones de los principios y fundamentos del libre mercado, el cual, según él, se basaría sólo en la mala fe y en donde las empresas verían a los consumidores como enemigos.¹¹

Finalmente, es llamativa cierta interpretación que le da Mansuy al concepto de subsidiariedad en Jaime Guzmán. Si bien el tema da para

¹⁰ Por ejemplo, podría haber explorado el estudio del profesor Claudio Sapelli, *Chile: ¿más equitativo?*, del año 2011, cuya segunda versión reeditada este año 2016, confirma lo dicho en su edición anterior: en Chile se ha ido reduciendo la desigualdad de ingresos constantemente desde la década de los noventa. Ver Claudio Sapelli, *Chile: ¿más equitativo? Una mirada distinta a la distribución del ingreso, la movilidad social y la pobreza en Chile* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2011).

¹¹ Mansuy dice también que “el mercado mal concebido tiende a uniformar” (172), pero no explica por qué ni tampoco qué significa “mal concebido”.

un análisis más largo, que excede este trabajo, llama la atención que atribuya a Guzmán la intención explícita conforme a la cual toda actividad estatal, en el largo plazo, deba ser de mala calidad (38). Mansuy estaría afirmando entonces que Guzmán abogaba por “servicios mínimos de mala calidad para pobres” (110) dada la contingencia de éstos. Algo maquiavélico, a lo menos.

En síntesis, *Nos fuimos quedando en silencio* es un muy buen libro, con una interesante perspectiva y que destaca por no sólo ofrecer una visión, sino por proponer soluciones. Sin embargo, podría haber sido más ambicioso en proponer un camino más claro para éstas —quizás sea para otro proyecto—. Un futuro proyecto debiera también darle tiempo para afinar sus ideas económicas.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, Paula. “Renato Cristi y Pablo Ruiz-Tagle (2014). *El constitucionalismo del miedo. Propiedad, bien común y poder constituyente*”. *Revista de Ciencia Política* 35, n.º 3 (2015): 665-670.
- Amadae, S.M. & B. Bueno de Mesquita. “The Rochester School: The Origins of Positive Political Theory”. *Annual Review of Political Science* 2 (1999): 269-295.
- Brennan, Jason F. *Why not capitalism?* New York: Routledge, 2014.
- Mansuy, Daniel. *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2016.
- Peña, Carlos. “El malestar en la educación”. *El Mercurio*, 12 de junio de 2011.
- . “La sociedad del cansancio y de la transparencia”. Conferencia en Pensamiento Propio, de BHP Billiton. Santiago, 23 de mayo de 2016.
- Rajan, Raghuram G. & Luigi Zingales. *Saving Capitalism from Capitalist*. Nueva York: Crown Business, 2003.
- Sapelli, Claudio. *Chile: ¿más equitativo? Una mirada distinta a la distribución del ingreso, la movilidad social y la pobreza en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2011.
- Valentini, L. “Ideal vs. Non-ideal Theory: A Conceptual Map”. *Philosophy Compass* 7, n.º 9 (2012): 654-664. *EP*